

NOTA EDITORIAL

Desde 1976 España experimentó tres transiciones. La primera, sin duda la más importante, fue la que permitió transitar pacíficamente a la democracia plena, como certificaron las Comunidades Europeas en 1977, cuando aceptaron abrir negociaciones para la adhesión de nuestro país. La segunda, una profunda y rápida reforma de la distribución territorial del poder que en pocos años generó un Estado autonómico firmemente asentado. Finalmente, la creación de un vigoroso Estado de bienestar que se desarrolló prioritariamente mediante las Administraciones autonómica y local. Todos estos cambios tuvieron lugar durante un lapso breve y, en general, con un éxito extraordinario, y todos ellos, sin excepción, fueron fortalecidos y profundizados durante los Gobiernos del Partido Popular.

En las últimas décadas, y hasta hace unos años, España se había convertido en modelo y ejemplo de lo que debe ser un proceso de cambio social y político pacífico y de los rendimientos que puede proporcionar. Esas tres transiciones dieron por resultado un país libre y próspero, y lógicamente, la opinión pública ha mostrado en innumerables ocasiones y mediante todas las formas posibles, su aprecio y su orgullo por todo lo conseguido. La vívida memoria de lo que fue la España anterior a la transición política, ha engrandecido la magnitud de lo logrado, cuya dimensión era realmente histórica.

Esa transformación se produjo en coincidencia con el denominado «giro francés» del año 1983, y luego con el final de la Guerra Fría y el consiguiente descrédito generalizado de las ideologías de izquierda clásicas, forzadas a una contorsión súbita y escasamente lograda que les permitiera continuar existiendo como oferta electoral. El mundo al que España accedió al tiempo que procedía a realizar sus transiciones era radicalmente diferente del que podía haber sido previsto du-

rante los años setenta y ochenta, y ese hecho ha tenido consecuencias. Europa, mediante el impulso que le proporcionaron el Acta Única Europea y el Tratado de la Unión Europea, alteró radicalmente su fisonomía, y las condiciones geopolíticas que habían permanecido estables desde el final de la Segunda Guerra Mundial experimentaron mutaciones sorprendentes. La Transición española y especialmente la llegada del Partido Socialista al Gobierno en 1982, se produjeron, pues, sobre un escenario que, a su vez, estaba transitando con extraordinaria velocidad y que obligó a una adaptación. El mundo era muy diferente, y la izquierda democrática española trató de hacerse cargo de los cambios y adaptarse a ellos lo mejor que supo, pero, probablemente, la percepción de lo que ocurría y la voluntad de afrontarlo fue patrimonio de una elite y no de la generalidad de los militantes y cuadros. Conviene recordar que la paz social no caracterizó a los Gobiernos de Felipe González.

Estos hechos han podido causar sobre la izquierda española, cegada por la tolvenera que produjo el derrumbe del Muro de Berlín y con las debidas excepciones, la errónea impresión de que la pérdida de referencias en la que se encuentra y la insatisfacción de sus expectativas electorales desde los primeros años noventa, tienen su origen en las transformaciones estrictamente españolas, en el modo en que se produjo la Transición y en las características del sistema creado. Pero en realidad, la pulverización de las rocosas certezas de la izquierda trasciende el ámbito español, igual que la alternancia electoral y su reflejo parlamentario, sobre el que con frecuencia se producen errores de análisis significativos que conviene corregir («Representación nacional y grupos parlamentarios en el Congreso de los Diputados», Ángel J. Sánchez Navarro). Todo el proceso de integración europea constituye desde 1989 un rechazo explícito al dogma de la izquierda y un reconocimiento de los principios del centro-derecha y de la izquierda más moderada, entre la que no parece encontrarse ya la española, cuyo «retorno al corazón de Europa» ocultaba, al parecer, la intención de procurarle alguna que otra arritmia. En los últimos años, ningún Gobierno europeo ha atentado contra los fundamentos de la integración europea como lo ha hecho el español.

Lo que diferencia a la izquierda española de otras es que la española dispone de una coartada –la Transición y su supuesto sesgo de-

rechista— que le permite eludir la crítica y la renovación que sí han ido desarrollándose en otros lugares. Lógicamente, cuando descubre que Europa y el mundo sí han cambiado, que hay reglas que deben ser respetadas y que no han sido establecidas precisamente por los constituyentes españoles sino por la socialdemocracia alemana o francesa o por el laborismo británico, su única salida es la retracción y la marginalidad. La izquierda española, a diferencia de la europea, ni siquiera es capaz de entender el profundo arcaísmo de su discurso y el peligro mortal que para las sociedades occidentales supone desconocer las amenazas a las que se enfrentan; es una fuerza que obstruye el desarrollo español y el europeo en lugar de liderarlo, que lo lastra y lo impide porque sabe que no tiene lugar en él. La diferencia con los Gobiernos del PP es mayor que nunca. Y lo es también con el propio socialismo que gobernó España desde 1982, que, al menos, llegó a comprender el signo de los tiempos y los desafíos que España debía afrontar.

Todavía más grave que la manifiesta incompetencia del Gobierno presidido por Rodríguez Zapatero para abordar problemas como los vividos durante los últimos meses en España, es que invariablemente sus excusas aluden a un mundo perdido ya para siempre en la Historia y a una España onírica en la que sólo el Gobierno y unos pocos más habitan. Incendios, inmigración, terrorismo yihadista, oferta de negociación a ETA fundamentada en la inexistencia de una auténtica Transición, programa nuclear iraní, enfrentamiento en el Líbano, fraternidad revolucionaria, laminación del sistema educativo, incapacidad para comprender el funcionamiento real del sistema económico... Todo forma parte de una pose «retro» cuyo rendimiento parece limitarse a las portadas de las revistas de moda o de «tendencias». Mientras tanto, el mundo real continúa siendo para los españoles el escenario, cada vez más hostil, de su vida diaria, de la que el Gobierno se encuentra ausente salvo cuando irrumpe en ella armado de políticas gratuitamente represivas.

Asistimos a un hecho desconcertante: en nombre del pacifismo, de la tolerancia y del europeísmo se impugnan las tres claves de la modernización española, de manera que la ausencia de violencia y de enfrentamiento civil durante la primera transición se exhibe como prueba de su insustancialidad; el arraigo del modelo de descentralización

territorial del poder, como evidencia de centralismo autoritario; y el fundamento del sistema de bienestar –el individuo como sujeto de obligaciones fiscales y la plena integración en el modelo de crecimiento europeo–, como herramienta de expolio territorial y como «globalización neoliberal» intolerable. Eso, y no mucho más, es lo que la izquierda española patrocina hoy, y por ello su actividad se circunscribe a la «deconstrucción de España» (José Ignacio Wert, «España, ¿la Nación deconstruida?») mediante el impulso de acciones que con frecuencia amenazan la libertad (Xavier Pericay, «La libertad de expresión amenazada: ¿de qué estamos hablando?»; José Jiménez Lozano, «Las preguntas del sayón») y pretenden la revisión, apoyada sobre un academicismo huero, de los fundamentos de la democracia y de la biografía de los españoles («España como círculo cromático (Dirdam)», Miguel Ángel Quintanilla Navarro).

Una España erosionada en su fundamento moral, sin historia que merezca aprobación y hasta un sano orgullo, opuesta a la modernidad económica y social, ajena a los acontecimientos de alcance planetario que la afectan directamente, está condenada a perder el lugar en el mundo que tan trabajosamente se había ganado. El Gobierno español encara los problemas mediante conjuros o apotegmas, y no mediante políticas respaldadas por la firme voluntad de defender los intereses nacionales, de cuya existencia misma como concepto parece dudar. Pero sin ese ejercicio de realismo y sin la indispensable claridad moral para definir y sostener los valores e intereses de España, la vida de los españoles se encuentra expuesta a peligros cuya gravedad resulta difícil exagerar («Desafíos transatlánticos», Christopher DeMuth; «Mantener la voluntad», George P. Shultz; «Sobre la filosofía política de Winston Churchill», João Carlos Espada; «Sáhara occidental: independencia, paz y seguridad», Carlos Ruiz Miguel; «Inmigración y cultura: convivencia, integración asimilación», Francisco Sanabria Martín).

En el número 12 de *Cuadernos de Pensamiento Político* se reseñan los siguientes libros: *El catolicismo español*, de Stanley G. Payne, por Manuel Álvarez Tardío; *Identidades proscritas*, de Juan Pablo Fusí, por Javier Orrico; *La España convertida al islam*, de Rosa María Rodríguez Magda, por Pedro Buendía, y *Tonterías económicas*, de Carlos Rodríguez Braun, por Gorka Echevarría.